



XIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan vivirá para siempre”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: 1Reyes 19,4-8; Efesios 4.30-5,2; Juan 6,41-51

Continúa la lectura del capítulo 6 del evangelio según san Juan, como una larga reflexión de Jesús, respondiendo a objeciones e interpretaciones de algunos de los que habían compartido el pan con cinco mil personas (6,1-15). Habían comido el pan abundante, pero no lo captan, ni aceptan como “señal” de Jesús, que se ha presentado ante los judíos como el “Pan de vida”, el verdadero “pan que ha bajado del cielo”, y se ofrece para la “vida eterna”.

Otra vez, como ante sus paisanos en Nazaret, ahora en Cafarnaún, surgen las murmuraciones y las expresiones de desconfianza: “¿No es este Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: he bajado del cielo?”. Para los interlocutores judíos era muy vivo el recuerdo de la comida aquella, que caía cada día del cielo en los años del desierto y les permitió subsistir en el camino hasta llegar a la tierra prometida. Jesús, como buen judío, lo sabía también; pero no deja de recordarles lo transitorio y efímero de aquel alimento: “sus padres comieron el maná en el desierto y murieron”. Ahora se trata de otra dimensión: una vida centrada e inspirada en él, tan intensamente vida que trasciende la misma muerte natural: “para que lo coman y no mueran... vivirán para siempre”, Es don y llamado del Padre –“nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no le atrae”. De parte nuestra, es acogida y práctica: “todo el que escucha al Padre y aprende su enseñanza, viene a mí”. La vida cristiana, que se manifiesta en el amor fraterno, en la práctica de la solidaridad y de la justicia, consiste, en primer lugar, en saberse y sentirse llamados y elegidos por el Padre, amados para amar y practicar la justicia. Esa realidad profunda, y sencilla a la vez, es a la que Jesús en el evangelio de Juan llama “vida eterna”.

“El que cree, tiene vida eterna”. La fe, antes que un asentimiento doctrinal, incluso antes de manifestarse en un indispensable comportamiento fraterno y justo, es

* Ciclo A

una experiencia y reconocimiento de la vida como don amoroso del Padre, que nos constituye hijas e hijos, y nos capacita de esa manera para vivir fraternalmente. Esa dimensión o experiencia de la vida de fe –llamémosla sin temor “mística” o espiritual, es lo de menos- sostiene, alienta, impulsa lo que llamamos compromiso, práctica social y liberadora. No es evasión ni refugio ante las exigencias y complicaciones de la vida social cotidiana, sino una manera “cristiana”, es decir, a la manera de Jesús, de asumirlas. Su conciencia de sentirse Hijo, “bajado del cielo”, la desarrolla en una presencia encarnada para una vida nueva y buena de la humanidad: “mi carne para la vida del mundo”. Los evangelios sinópticos en sus relatos dan buena cuenta de ello: cercanía y compasión para los que andaban como ovejas sin pastor, acogida y curaciones para los enfermos marginados como impuros, acogida liberadora para los despreciados como pecadores por los justos y para las mujeres, generalmente postergadas y relegadas en una sociedad patriarcal. La gente sentía que su presencia traía aires nuevos, una posibilidad nueva de entender la vida y de vivirla en relación armoniosa con los demás, rompiendo moldes viejos, amparados en tradiciones culturales y religiosas.

En su predicación Jesús da un paso más. No les propone sólo “creer” en él, confiar y tomarlo como referente de vida. Continuando con el simbolismo del “pan”, les plantea una formulación más audaz: “comer”: “este es el pan que baja del cielo para que lo coman y no mueran... si uno come de este pan, vivirá para siempre”. Como se come y asimila el pan, y nos llena de energía y de vida renovada, así sugiere Jesús que acontece con la persona que se alimenta de su palabra, de su vida. En las frases que siguen acentuará las expresiones de “comer mi carne” y “beber mi sangre” que escandalizaron a sus oyentes presentes en la sinagoga de Cafarnaún, pero que resultarían comprensibles para los lectores del evangelio de Juan y también para nosotros hoy. Vemos en ellas una clara referencia a lo que hizo y expresó en la última cena y a lo que celebramos en cada eucaristía.

Un apunte más: La vida así entendida y realizada, es decir, una vida entregada, como la de Jesús, “por la vida del mundo”, como pan para que todas las personas tengan vida, “vivirá para siempre”, es plenitud de vida, “vida eterna”. La propuesta de Jesús sería realmente esperanzadora y revitalizadora para una sociedad que tiende a encerrarse en el egoísmo, en los efectos prácticos inmediatos y en la competencia, que excluyen y marginan. Necesitamos las cristianas y los cristianos de hoy “creer” y “comer” este “pan de vida” para hacer con el resto de la humanidad el camino arduo de la fraternidad.

La lectura del libro de los Reyes nos recuerda al profeta Elías cansado y desalentado, atemorizado por las amenazas del poder a su propia vida. Dios le sale al encuentro ofreciéndole una torta de pan y un jarro de agua, y unas palabras de aliento: “Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti. Se levantó, comió y bebió y con la fuerza de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb”. No hagamos traslados rápidos del texto. Pero sí se nos llama a no sucumbir ante desalientos y demoras, “el camino es demasiado largo”; es preciso alimentar y alentar la esperanza, la nuestra ciertamente, y también la de nuestros

conciudadanos. Quizá se necesiten más de cuarenta días y cuarenta noches, pero si caminamos, llegaremos. Es nuestra tarea de hoy: anticipar en pequeños signos y apuestas más largas la humanidad nueva que anhelamos.

El texto de la carta a los Efesios es una exhortación que haríamos bien en leer atentamente, tratando de traducirla en sentimientos y actitudes concretas –personales y políticas- en este contexto difícil que vivimos: “Toda acritud, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad desaparezca entre ustedes”. Todo un desafío para procesar y saber expresar las legítimas discrepancias de propuestas y opiniones, sin crispaciones que más bien desfiguran los puntos de vista e intenciones de quienes piensan de distinta manera. “Sean más bien buenos entre ustedes, entrañables, perdonándose mutuamente como les perdonó Dios en Cristo” Por supuesto que no es un llamado a la ingenuidad política y a la evasión de la responsabilidad crítica. Pero sí es un desafío al diálogo sereno, respetuoso y constructivo, buscando con sinceridad el bien común, con la mirada preferencial puesta en la vida de los hasta ahora más olvidados y abandonados.

Concluyo citando un texto de la carta a los Efesios, que, si bien no corresponde a las lecturas de este domingo, siempre resulta estimulante: “miren atentamente cómo viven; que no sea como imprudentes, sino como prudentes; aprovechando bien el tiempo presente, porque los días son malos. Por tanto, no sean insensatos, sino comprendan cuál es la voluntad del Señor” (Ef.5,15-16). Los días son ciertamente malos y desalentadores. La presencia consciente y comprometida, alimentada por “el pan de la vida” de las y los cristianos puede aportar aliento y esperanza a nuestra sociedad obsesionada con proyectos de riqueza y de poder que acarrearán más temor de muerte que esperanza de vida.